

El gesto discordante

Imaginarios disruptivos de/en los feminismos

valeria flores

<http://escritoshereticos.blogspot.com>

“El impulso de crear empieza
–con frecuencia de manera terrible y pavorosa–
en un túnel de silencio”
Adrienne Rich¹

Inventar es el arte de dislocar, de colocar fuera de lugar o en un lugar inusual o inesperado un objeto, una relación o una situación. Practicante de este arte, para el cual no hay manual ni programa a seguir, más que sostener de manera compulsiva y deliberada las preguntas de la imaginación: ¿por qué? y ¿qué pasaría si...? (Rich, 2005; 135), intenté trazar algunas coordenadas de lo que ha sido mi activismo lésbico feminista queer en estos últimos años.

El arte de manipular lugares comunes y desorganizarlos, de jugar con lo inevitable de los acontecimientos para hacerlos habitables o para deshabitarlos, incita a la apertura de una posibilidad de vivir una experiencia al reintroducir en ellos la movilidad plural de intereses y placeres.

Astucias furtivas, hallazgos jubilosos, pulsiones poéticas, gestualidad guerrera, movildades tácticas, maniobras paródicas, simulaciones polimorfas, van conformando un mapa de acciones microscópicas, multiformes e innumerables que emergen en los espacios vitales de mi existencia: el trabajo docente, el activismo lésbico, la práctica de escritura, las vinculaciones erótico-afectivas, entre otros.

En este sentido, la modulación de un imaginario radical se constituye como tarea primordial de todo movimiento que desee un devenir emancipatorio, un imaginario radical como un conjunto de significaciones instituyentes que permite la irrupción de nuevos organizadores de sentido, estableciendo líneas de fuga de los disciplinamientos sociales, dando cuenta de los deseos que no se anudan al poder, que desordenan las prácticas, que desdisciplinan los cuerpos, que deslegitiman sus instituciones. Es la capacidad de invención que resiste la captura de los dispositivos de control social. Por eso mismo, cualquier proposición programática que se convierte en ley, se constituye en una interdicción para inventar.

En el trazado singular, irregular y provisorio, de esta cartografía de la imaginación, quisiera destacar tres líneas de meta-sentido que atraviesan las prácticas estético-políticas-teóricas-afectivas que ensayo activar: 1) un activismo fluctuante entre acciones hiper y post-identitarias; 2) una praxis escritural del des-borde; 3) una micropoética de la discontinuidad.

1- Un activismo fluctuante entre acciones hiper y post- identitarias

¹ “Artes de lo posible” (2005), pág. 116.

Frente a la heteronormatividad como régimen sexo-político, la práctica de autoafirmación como lesbiana, enunciada en primera persona, tiene –todavía– un carácter revulsivo difícil de digerir en nuestra sociedad. Como sistema de regulación sexual también es un régimen epistémico, que promueve el silencio y la ignorancia como modos de existencia para ciertos deseos y prácticas sexuales que los dispositivos de la ciencia convirtieron en identidades durante el siglo XIX. De este modo, se instituyeron modos normativos de usos de los cuerpos y placeres. La estrategia de nombrarse/me lesbiana, así como tortillera, ejercitando la subversión performativa de la injuria, se revela como un acto potente y disruptivo. Esta estrategia hiperidentitaria visibiliza una identidad sexual históricamente arrinconada en el espacio de la abyección o el silenciamiento compulsivo. Y por el momento, mientras siga vigente el pacto o contrato heterosexual, es una eficaz manera de combatir la presunción heterosexual. Declararse lesbiana en la escuela, en la calle, en la familia, en la academia, en el sindicato, en la verdulería, continúa siendo un momento de alta conflictividad política, con un costo enorme de energía personal y una deriva de vulnerabilidad frente a la violencia heterosexista.

Sin embargo, los aportes de los feminismos postestructuralistas y de la deconstrucción, de la teoría queer así como de los saberes trans e intersex, nos alertan acerca de los límites y exclusiones que conlleva toda política identitaria. La desustancialización del sujeto político del feminismo, abriéndose a otras corporalidades y la des-anatomización de las identidades políticas, ha dado lugar a una práctica postidentitaria como construcción de una pertenencia que no sea una asignación a una identidad sino como compromiso en un “devenir” (Lazzarato, 2006; 193).

Esto supone moverse en las contradicciones y conflictos que implica habitar simultáneamente la deconstrucción y la hiperidentidad contingente como modo de abrir y hacer proliferar espacios de posibilidad, lo que implica nombrarse para, luego, desnombrarse como modo de estar en fuga constante del ser nominadas, identificadas, controladas por el sistema.

Así, las identidades como afinidades del «aquí y ahora» más que como esencias inmutables e incontaminables, son asumidas como estrategias hiperidentitarias o diferenciadoras que se combinan con las postidentitarias o críticas de las identidades fijas o que se vuelve peligrosamente estables. Esto requiere un ejercicio político de situar las identidades prediseñadas en los bordes para descentrar la totalización identitaria del “nosotras” o “nosotros”, extendiendo los márgenes de la des-identificación para habilitar la proliferación de mundos posibles así como la desclasificación de la división del género operada por el espacio clásico de la política.

En este sentido, me interesa lo *queer* como interrogación crítica de las identidades, las cuales son consideradas como espacios de interacciones complejas de diversas variables que incluyen la clase, el género, la práctica sexual, la nacionalidad, la etnia, la discapacidades, entre otras. Lo queer ha demostrado tener la productividad conceptual de un instrumental teórico que usa la ambigüedad sexual como pliegue y doblez, como intersticio, para hacer girar las representaciones de identidad fuera de la programación de género. Sin embargo, su tan rápida estandarización académica así como su mercantilización, nos invita a desconfiar de sus usos y potencialidades. Tal como afirma Nelly Richard: “la teoría queer está hoy archivando todo tipo de rarezas en materia de identidades sexuales sin ni siquiera preocuparse por cómo la lengua que, en nombre de lo queer, archiva lo estafalario y lo discrepante, es una sola y quizá la menos rara” de todas: la lengua consagrada de la reproducción universitaria norteamericana” (2007,194). Por eso mismo, es importante sostener esa “rareza” en términos no de una distinción de estilo en el repertorio académico de las poses extrañas, sino como una fuerza de descentramiento y extrañamiento político-culturales.

Huérfana del interés mayoritario, pensarme y autoinstituirme como lesbiana y no como mujer –tampoco como varón-, inscribiéndome en la herencia wittigniana, ha sido una operación incesante e inacabada de deconstrucción de los binarismos fundantes no sólo de la tecnología del género, sino también del pensamiento occidental. Depende de los ámbitos, me autodefino como lesbiana o como tortillera, una asignación identitaria discordante y disidente de aquello que se establece como mayoritario.

Una subjetivación mayoritaria remite a un modelo de poder establecido, histórico o estructural; en tanto, una subjetivación minoritaria no deja de desbordar, por exceso o por defecto, el umbral representativo del patrón mayoritario. El “devenir minoritario” consiste en sustraerse a las asignaciones del poder, porque no se trata de decir “tenemos derecho a esto porque somos aquello”, sino “tenemos derecho a esto para devenir otra cosa” (Lazzarato, 2006; 189).

Contarnos a nosotras mismas a través de nuestras propias miradas y representaciones, en nuestros propios términos, no sólo denuncia la normalización sexo-política bajo el régimen heterosexual, sino que también es un modo de pensar y practicar lo posible bajo el régimen de la efectuación² como producción de lo nuevo, de recibir la emergencia de una discontinuidad en nuestra experiencia, y construir una mutabilidad de la sensibilidad, una nueva relación, un nuevo agenciamiento.

² El otro régimen de posibilidad que identifica Lazzarato (2006) es el de la consumación, que implica la distribución de posibles, de potencialidades, bajo la forma de alternativas binarias, alternativas preconcebidas, que no agregan nada nuevo al mundo.

En la denuncia de la heterosexualización del deseo que rige la identidad bajo el modelo de la integración disciplinaria, es preciso no quedar atrapadas o ser rehenes de una categoría que así como en algún momento abrió las puertas de una nueva subjetivación política, luego encapsula nuevamente. Por eso, es necesario fisurar el modelo mayoritario de la acción política, dominada por la lógica de la representación y de la totalización, desprogramando los formatos de la protesta, introduciendo micro-narrativas fragmentarias, dispersas y heterogéneas que quiebren el monólogo del sujeto instituido como único y universal.

Una práctica política crítica sólo puede plantearse la “diferencia” como algo a producir, más que a expresarla como algo preconstituido, para provocar ciertos conflictos de representación en los códigos de significación cultural. Esto significa convertir las diferencias en interferencias, en rompimiento crítico de la uniformidad.

Entonces, mi activismo ha fluctuado entre la hipervisibilidad y la producción de opacidades o desenfoces identitarios, explorando aquellas zonas tensionantes que disgregan cualquier intento de estabilidad o fijeza.

2- Una praxis escritural del des-borde

La heterosexualidad como norma de inteligibilidad cultural se configura como un régimen de escritura que codifica cuerpos, deseos, placeres, prácticas, afectos, saberes, etc.

Como tecnología de subjetivación y dispositivo de pensamiento, la escritura produce vidas y también instituye posibilidades de muerte. De allí la importancia otorgada al lenguaje, a su condición performativa, a la potencialidad de construir mundos y sentidos, a la fuerza de la nominación y al reto de su desbaratamiento.

Escritura, disidencia sexual y feminismos han significado para mí el gesto de extrañamiento vital para generar roturas intersticiales en los mensajes hegemónicos. El ensayo ha sido el devenir escritural de la disidencia, transitando al margen de los convencionalismos que impone la teoría. Así, como práctica de autoerotismo, entregándome a las ondulaciones del deseo, intento construir poéticas del *éxtasis tortillero* a partir de cuestionar la heterosexualidad como macrocódigo semiótico, como institución política.

“El sueño feminista de un lenguaje común, como todos los sueños de un lenguaje perfecto, de una denominación de la experiencia perfectamente fiel, es totalizador e imperialista”, afirma Haraway (1995, 297). En este sentido, la palabra es un campo de fuerzas plurales y divergentes capaz de abrirse a una multiplicidad de puntos de vista, cuyas contradicciones no sean silenciadas por la voluntad de disolver toda opacidad, de

eliminar todo cuerpo extraño que enturbie la visión. Así, la escritura se transforma en una práctica *monstruosa* que cuestiona la idea de propiedad y de normalidad, al explorar un ámbito oscilante de impropiedad y des-apropiación, al inaugurar un porvenir no-predictible, de lo no-dominable por una subjetividad segura de sí. Eso la transforma en una máquina apasionada de colisiones, excentricidades, oscilaciones y fricciones.

No obstante, también los discursos contestatarios poseen sus ortodoxias de lenguaje, que tienden a acallar los gestos de antidisciplina, menospreciando la polifonía de voces y la creación de nuevas posibilidades semánticas. Sus fuerzas, que apuntan a la unificación, la centralización, la homogeneización, relegan o clausuran la multiplicidad y heterogeneidad de las palabras, de las lenguas, de las semióticas, convirtiéndose en una especie de monolingüismo contestatario. Y el feminismo no está exento de estas operaciones.

El activismo de las políticas identitarias muchas veces ha simplificado la cuestión de la identidad y de la representación, al someter generalmente a ambas a una tiranía de la ilustratividad que obliga, en la producción de textos, a una formulación monocorde de una condición de sujeto predeterminada. El discurso hegemónico de las identidades sexo-genéricas y sus políticas de representación ha terminado por someter cuerpos y textualidades a la consigna pedagógica de una “diferencia” que casi siempre debe hablarse en tono unificante, que deja afuera el carácter más difuso de simbolizaciones estéticas de ciertos trances de la identidad. Se configuran, así, formaciones sedentarias de la escritura de las disidencias, que terminan reclasificando los márgenes para un nuevo etiquetaje disciplinario, como una especie de reeducación aséptica e higienista del ademán disidente.

Revertir esa economía del sentido operando formas de descentramiento epistémico que permitan a la singularidad y diferencialidad manifestarse teórica y literariamente, con toda la fuerza heterogeneizante y desorganizadora de un contra-sistema que impida la clausura de su diferencia en una representación fija y controlada, implica llenar de subrelatos contradictorios, discordantes y punzantes la ficción normativa de la heterosexualidad.

La escritura no es una zona de conciliación ni reposo ni armonía. Sin desasosiego por los límites o contornos evanescentes, habitada por una loca compulsión por los bordes, escribir es escindir las narrativas hegemónicas, fisurarlas con palabras hostiles a las consignas convencionales. Las hablas extravagantes, que merodean fuera de las cartografías políticas disponibles, son los flujos que seccionan y reensamblan nuevas conexiones de intensidades y diseminan los significados de la resistencia sexo-política.

Desorganizar las bases del contrato escritural heterosexual significa romper la conformidad de lecturas domesticadas por los lugares comunes del rito institucional, de las tradiciones hegemónicas, del credo militante, de los saberes oficiales y las jerarquías disciplinarias. Es in-corporar, hacer cuerpo, la escritura como zona de tirantez y desgarros, lejos de la transparencia que trata de eliminar toda aspereza de la superficie demasiado pulida y educada de los signos y prácticas canónicas.

Ensayar una tonalidad propia, que rechace todo orden dogmático, es abismarse en las microdiferencias, esos espacios minúsculos de juego de tácticas silenciosas y sutiles que insinúan el desborde del relato único, imprimendole a la subjetividad y al pensamiento sus vibraciones más intensas.

No obstante, el lenguaje desapasionado de la industria académica, la burocratización de las expresiones en la escena política y la tendencia al aplanamiento del sentido, componen un paisaje poco propenso a la experimentación de la escritura política así como de la política escritural.

Comprender el lenguaje como zona de disturbios, cuyas convulsiones de signos amenazan con trastornar el orden de los saberes constituidos del pensamiento socio-sexual, con metáforas de excedencia y desmesura, orillamientos y desfases que rompen con la uniformidad de las programaciones en serie trazadas por la racionalidad dominante, es conflictuar la gramática de la obediencia y conformidad discursivas.

3 – Una micropoética de la discontinuidad

Construir nuevos espacios de lo inteligible y lo vivible no significa necesariamente intervenir en los circuitos de la «gran política» tradicional ni perseguir la aceptación o la comprensión o estimular la normalización. Hay muchas otras formas de hacer política que no adquieren el estatus de seriedad de la militancia tradicional (¿hetero-patriarcal?), pero que se vinculan a la instauración de dispositivos de autoalteración de la vida y a ejercitar un activismo como experimentación estético-política-relacional.

Muchas veces acabamos reivindicando un territorio en la estructura de las identidades reconocidas, y nos convertimos entonces en las propias productoras de algunas secuencias de la cadena de montaje del deseo, al continuar alimentando la poderosa fábrica de subjetividad serializada, cuyo principio es la estandarización de la vida. Las estrategias de la economía del deseo en el campo social, aquello que Guattari bautizó con el nombre de «micropolítica», en tanto máquina de producción de subjetividad, nos permite reflexionar acerca de cómo reproducimos (o no) los modos de subjetivación dominantes.

La micropolítica es un descentramiento del Estado, haciendo eje en la invención de nuevos territorios sociales existenciales, para construir modos de sensibilidad, de relación, de producción, de creatividad, que produzcan una subjetividad singular. Es aquello que no pueden capturar los sistemas de representación, que no puede asir fácilmente el Estado, al manejarse por fuera de los sistemas de representación habituales.

La micropolítica se compone de iniciativas singulares, más o menos anónimas, que realizan “una interrupción al introducir una discontinuidad, no sólo en el ejercicio del poder sobre la subjetividad, sino también y sobre todo en la reproducción de hábitos mentales y de hábitos corporales de la multiplicidad” (Lazzarato, 2006; 203). Asumir esta micropolítica implica comprender que la lucha contra cualquier tipo de normalización no se restringe al plano de la economía política, sino que comprende también, y fundamentalmente, el de la economía subjetiva.

De este modo, emergen las minúsculas tentativas de resistencia al control, de insumisión corporal e indisciplinamiento genérico, esos vocabularios en miniatura que marcan el extravío de las perspectivas basadas en puntos fijos o líneas rectas, de las verdades absolutizadas por el dogma militante o de temas no funcionales a la administración del orden.

Entonces, el activismo es una tarea de compromiso y sustracción. La activista se compromete a abrir espacios de legibilidad donde están inhabilitados y, a su vez, se sustrae de la cadena de hábitos que codifican el espacio de la acción política, dislocando sus repertorios más convencionales y el formato reglamentario de una significación única. Asume, de esta manera, los atributos de los procesos de invención y experimentación.

La activista no es quien tiene las respuestas a las situaciones de conflicto o quien detenta la inteligencia del movimiento, sino es quien introduce una discontinuidad en lo que existe. La activista hace bifurcar el sentido de las palabras, de los deseos y de las imágenes para ponerlos al servicio de la potencia de agenciamiento de la multiplicidad, reúne situaciones singulares sin ubicarlas en un punto de vista superior y totalizante (Lazzarato, 2006; 205).

No busca ser legalizada como experta por la máquina institucional de las políticas de gobierno, esa que lubrica la consigna de moderación impuesta por la lógica de la unidad y el acuerdo que margina del discurso público las posturas más confrontacionales y rebaja el acento polémico de los debates. La activista que se compromete en la micropolítica busca la potencia de la acción, de esos pequeños desvíos que escapan, perturban y alteran la historia de los días y las noches. Construye una micropoética de la

discontinuidad cuando desenfatisa la tendencia al monumentalismo y explora las micronarrativas fragmentarias y dispersas.

Por eso, los flujos entre la lucha política-social y la propia subjetividad no se estancan ni cristalizan si aprendemos a convivir con las tensiones, contradicciones y ambigüedades, entre ambos territorios en los que se han derribado las fronteras.

Señas de disidencia

Producir cortocircuitos e interferencias que perturben el orden de las convenciones referenciales del activismo político tradicional así como del feminismo militante requieren de un imaginario radical como una fuerza de descentramiento política cultural.

Con demasiada frecuencia, la promesa y seducción de la participación efectiva en los mecanismos de gestión estatal hacen abandonar la dinámica agitativa del impulso contestatario. La explosión del deseo, la anarquía de formas y conceptos por inventar, las energías sueltas que todavía no se amarran a la instrumentalidad de un programa, modos subrepticios que adquiere la creatividad dispersa, táctica y artesanal, muchas veces se terminan replegando por el reciclaje normalizador del consenso, la unidad, la identidad, la causa, el enemigo, o cualquiera sea el nombre que adquiere el determinismo ideológico de las racionalidades unificadas por verdades finales y totales.

Un imaginario radical urdido por la pulsión nómada de ruptura estética es atentar contra el orden de la gramática de significación hegemónica, desafilándose de la linealidad dualista del sentido y de una lengua única.

Distante de hegemonías de conocimiento selladas por diplomas de obediencia disciplinaria, el gesto discordante consiste en practicar la capacidad desviante, de dispersión y de torsión crítica de la economía del deseo de normalidad, que administra privilegios y estereotipos.

Para potenciar las energías y creatividades confrontacionales es preciso sostener las preguntas impertinentes de la imaginación, como decía al principio Rich, que producen las grietas en el sujeto monológico. Figurada como “una política del shock” (Nelly Richard, 1985), la disidencia es una manera de criticar la hegemonía de los grandes pactos simbólico y discursivos, en este caso, de las ficciones normativas del género y la heterosexualidad, que restringen los modos de vivir, sentir y habitar los cuerpos, pero también de las convenciones que hacen de la política una acción limitada a ciertos tiempos y espacios.

El contrabando erótico y la polisemia interpretativa que late en la tensión interproductiva de registros disímiles entre lo cultural, lo social y lo político, fermentan los imaginarios

disruptivos como “autoprocesamiento crítico de la vida diaria remodelada en sustancia estética” (Richard, 2000; 44).

Autoafirmación identitaria, tránsitos exploratorios por las zonas de exclusión de esa identidad, escrituras desbordantes de la ley que dicta el habla codificada, ademanes políticos que se dislocan del gesto conocido y esperado/ble, imaginarios que componen paisajes indómitos, lengua de humor erótico, son apenas, ínfimas, señas de un deseo insuflado por la pulsión feminista y de la disidencia sexo-genérica por inaugurar y practicar otros modos de vida.

Texto presentado en el Panel “Estrategias feministas” en las I Jornadas CINIG de Estudios de Género y Feminismos: “Teorías y Políticas: desde El Segundo Sexo hasta los debates actuales” -Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - Universidad Nacional de La Plata - 29 y 30 de Octubre de 2009

Bibliografía

- Flores**, Valeria (2009) “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”. Ponencia presentada en I Coloquio Latinoamericano sobre “Pensamiento y Praxis Feminista”, Ciudad de Buenos Aires, 24, 25 y 26 de junio de 2009.
- Grupo de trabajo Queer** (ed) (2005) *El eje del mal es heterosexual. Figuras, movimientos y prácticas feministas queer*. Traficantes de sueños. Madrid.
- Guattari**, Félix y **Rolnik**, Suely (2006) *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de sueños, Madrid.
- Haraway**, Donna J. (1995) *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra, Madrid.
- Lazzarato**, Mauricio (2006) *Políticas del acontecimiento*. Tinta Limón, Buenos Aires.
- Lazzarato**, Mauricio (2006) *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*. Traficantes de Sueños, Madrid.
- Preciado**, Beatriz (2003) *Multitudes queer. Notas para una política de los "anormales"*. En Revista Multitudes. Nº 12. París, 2003.
http://multitudes.samizdat.net/rubrique.php3?id_rubrique=141
- Rich**, Adrienne (2005) *Artes de lo posible. Ensayos y conversaciones*. horas y Horas la editorial, España.
- Richard**, Nelly (2000) *La insubordinación de los signos*. Cuarto propio, Chile.
- Richard**, Nelly (2007) *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*. Siglo Veintiuno Editores Argentina, Buenos Aires.